

¿Un rato de Cristo y otro de pisto?

¿Esa es la vida del cristiano?

Domingo 12 ordinario 2013 C

Las encuestas de popularidad son el pan de cada día en los medios políticos, artísticos, en el mundo de la mercadotecnia y en los medios de comunicación. Ningún político en su sano juicio se lanza a una campaña si no tiene de su lado la última encuesta realizada por una compañía de prestigio. No nos movemos sin el qué dirán de nosotros mismos. Lo llevamos en la sangre, y no es precisamente algo que se haya inventado en los últimos años. Y la verdad, aprovecharíamos mucho en nuestra vida si supiéramos aprovechar lo que los demás saben de nosotros mismos. Pero no lo intentamos, nos quedamos suponiendo que los demás no se enteran de los acontecimientos de nuestra propia vida. Cristo si salió de sí mismo, sí preguntó, y sí aprovechó la opinión, la idea que tenían sus contemporáneos, para lograr el objetivo de su propia vida. Quiso realizar una encuesta no precisamente de popularidad sino darse cuenta de hasta qué punto las gentes y sus discípulos habían captado su mensaje. Y en un ambiente de oración, comienza preguntado a sus apóstoles lo que la gente pensaba de él. Y le dieron la respuesta. Lo que las gentes habían visto de él era el dar de comer a miles y miles de gentes, el curar a cuanto enfermo se le presentaba y dar vida a algunas gentes que la habían perdido. Era para ellos un gran personaje. Pero a Cristo le interesaba la opinión de los suyos, de los que convivían con él, de los que él había llamado para ser los continuadores de su obra y de su mensaje. Y si bien la primera pregunta tuvo muchas respuestas, la segunda: "y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?", sólo obtuvo una respuesta, buena por cierto, y proveniente de Pedro: "Tú eres el Mesías de Dios". Ese mesías de Dios implicaba fuertes repercusiones políticas, pues sus contemporáneos pensaban que el Mesías los libraría de la mano de los romanos. Es por eso que Cristo les prohíbe que lo dijeran a nadie, pues su camino estaba no por el triunfalismo, sino por la entrega, la donación y el seguimiento, según se desprende de lo que Cristo dijo a continuación: "Si alguno quiere acompañarme, que no su busque a sí mismo, que tome su cruz de cada día y me siga". Eso es lo que Jesús pretende el día de hoy, y esa tiene que ser la razón de seguir a Jesús, y de ir al encuentro de su salvación. Eso implicaría cuatro cosas, en el camino de la fe: lo primero, una búsqueda sincera del Salvador, pero visto no como una idea, o un código de conducta o una serie de normas a cumplir o unos ritos a seguir, sino como el encuentro con una persona, con un tú a tú definitivo. Es lo que nos hace falta, pero hay que ser sinceros y decir que en este sentido, siempre es Cristo el que toma la iniciativa, y si es verdad que lo buscamos, la verdad es que él ya había puesto su mirada en nosotros.

Segundo, si nos hemos encontrado a Cristo, eso supone entonces una acogida, un decirle sí, yo te sigo, no importa a dónde, no importa a qué precio, no es una capitulación, un renunciar simplemente, sino el dejarse poseer por alguien más grande que nosotros y que trae paz, alegría y amor.

Tercero, si hemos sido sinceros en los dos pasos anteriores, un encuentro con Cristo supone entonces una coherencia con toda la vida, y es lo que a mi modo de ver nos falla a los cristianos, a los creyentes, porque hemos hecho una separación entre la fe y la vida, entre los negocios y nuestra alma, entre nuestras diversiones y nuestras prácticas piadosas. Mientras la vida no brille en el mundo de los creyentes, sólo seremos cristianos a medias, del montón, de la bola, pero no los creyentes sinceros que van dejando una huella imborrable de su paso por este mundo.

Finalmente, y soy sincero al confiarles que he seguido la línea marcada por Juan Pablo II en su primera visita a México, cuando señala como cuarto paso del seguimiento de Jesús, la continuidad, la constancia, la perseverancia, pues es fácil ser cristiano por un día, pero no por largo tiempo o por toda la vida, es fácil ser cristiano cuando todo nos sonríe, cuando todo nos sale bien, pero no cuando se nos ladea la barca, cuando aparecen las enfermedades, cuando los negocios dejaron de ser productivos y cuando somos capaces como María, de acompañar a Cristo hasta sus últimas consecuencias, subiendo con él al calvario, acompañándolo hasta la cruz, hasta el dolor y hasta la muerte misma por la salvación de toda la humanidad.

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en alberami@prodigy.net.mx